

CAPITULO IV

LA ARQUEOLOGIA DE PAQUIME

Geografía de Chihuahua

El estado de Chihuahua limita al norte con los Estados Unidos de América, al sur con Durango, al este con Coahuila, al oeste con Sonora y al suroeste con Sinaloa, cubriendo una superficie de 247,087 kilómetros cuadrados (ver Figura 4), colocándolo como el estado más extenso. Se localiza entre los paralelos 25° 36' y 31° 47' de latitud norte y entre los meridianos 103° 11' y 109° 07' de longitud oeste (Maciel y Casillas 1994: 10-11).

En su monografía sobre el estado de Chihuahua, Maciel y Casillas (1994: 13-19) también describen de manera breve la geografía, el clima, la geografía, la flora y la fauna de la meseta, región donde se encuentra el sitio de Paquimé:

“El relieve actual del estado de Chihuahua se divide en dos grandes regiones geográficas: la meseta y la sierra. La altitud de la meseta va de 1000 a 2000 metros con depresiones que se encuentran entre los 800 y 500 metros por donde corren ríos importantes, como es el caso del río Casas Grandes que en épocas geológicas pasadas desembocaba en el río Bravo y ahora lo hace en Laguna de Guzmán y el río Santa María; anteriormente vertía sus aguas en la laguna del mismo nombre, ubicados en la región noroeste, donde hay también antiguas lagunas casi extintas pero que todavía dan vida a la aislada agricultura de los alrededores.

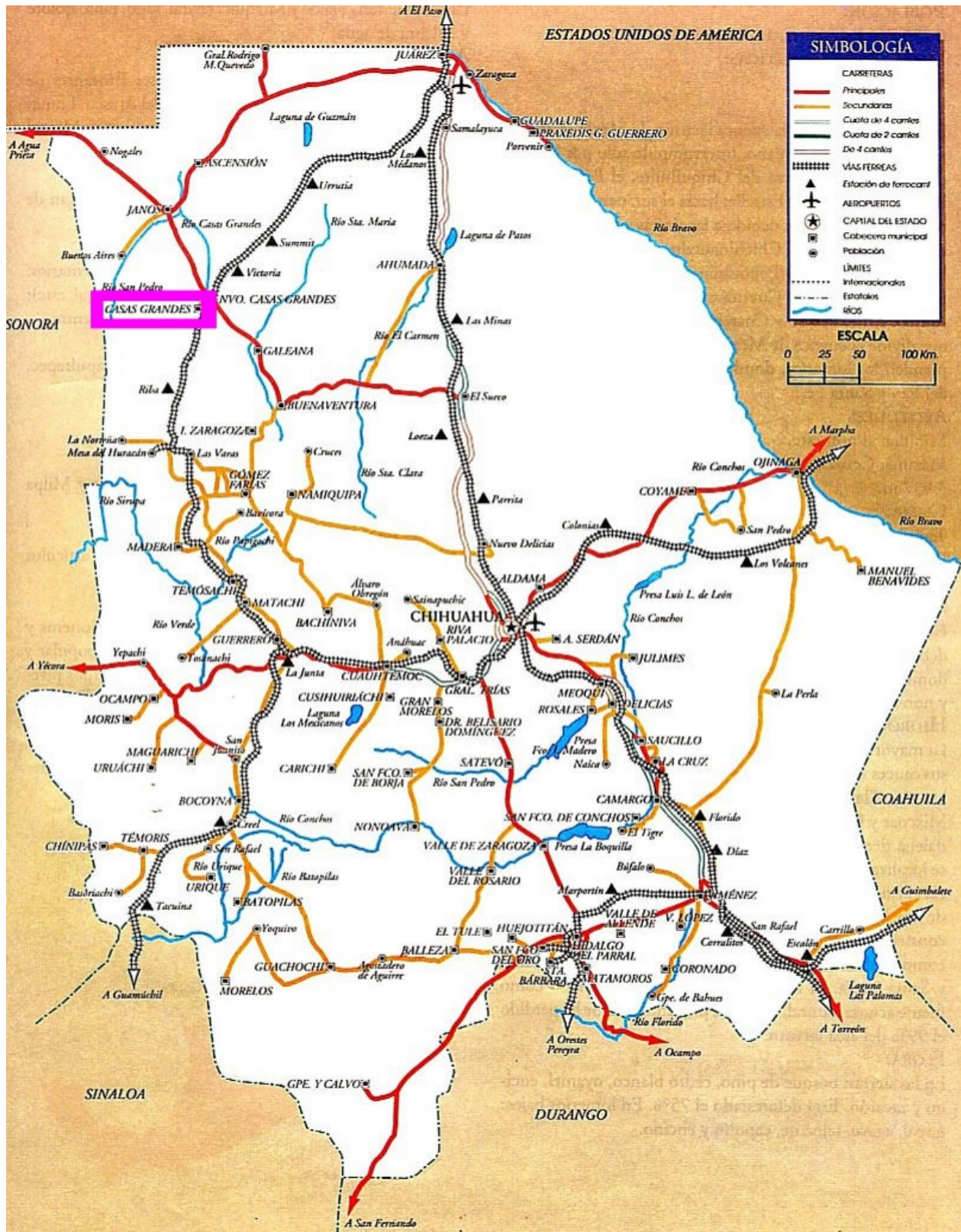


Figura 4. Mapa del actual estado de Chihuahua con la ubicación del sitio de Paquimé o Casas Grandes (retomada de Bonilla 1994: 77)

El clima de esta región es extremo, oscila entre los 44° C hasta los -5° C, pero incluso se han registrado temperaturas de hasta -10° C. Las precipitaciones pluviales varían entre 100 y 500 milímetros por año, pero la meseta registra el mayor número de lugares con escasa lluvia. Como consecuencia del tipo de temperaturas y precipitaciones de la región, el clima predominante es el seco.

La mayor parte de la meseta se encuentra cubierta por una gran mancha de vegetación desértica, bordeada por mezquites y pastos. Hacia el norte y el noreste, cuando existen manifestaciones de flora, ésta se compone de plantas xerófitas, que viven en climas muy secos. Las especies típicas son entre otras: la lechugilla, la gobernadora o guamis, el mezquite, el guayule y el ocotillo. Al centro y noroeste de la meseta se distinguen grandes planicies de pastizales que crecen en altitudes de 1500 a 2500 metros. Cuando se encuentran entre montañas y a una gran altura, predomina en ellas el clima templado, originándose así la pradera, compuesta principalmente por plantas herbáceas, entre las que abundan el epazote, la espadaña, el tule bronco, zacatón, caña vaquera, otates, numerosas variedades de zacates, avena, cebadilla y muchas más.

Entre la fauna destacan algunos como ranas, tortugas terrestres, lagartijas, el falso corralillo, la chachamuri, víbora de cascabel; ganso, pato chaparro, codornices, palomas; liebres, conejos, ardillas de tierra, perros de la pradera, tuzas, ratones de campo, puerco espín, zorras del desierto, zorrillo rayado, jabalí, zorro gris, coyote, verrendo, borrego cimarrón, búfalo, gato montés, puma y el oso gris.”

Paquimé o Casas Grandes se ubica dentro del actual municipio de Casas Grandes en Chihuahua, en los paralelos 30° 22' latitud norte y 107° 58' longitud oeste (Guevara 1994: 70), justamente en la parte este de la Sierra Madre Occidental; se localiza en lo que hoy se llama Valle de Casas Grandes, dentro de una pequeña cuenca acuífera de la vertiente interna de dos pequeños ríos sin salida al mar, el río Casas Grandes y el río San Pedro.

Breve Recuento Histórico-Arqueológico de Paquimé

Las características de desarrollo en el norte–noroeste de México han agrupado a las sociedades prehistóricas dentro de un sistema que las clasifica en cuatro categorías cronológicas fundamentales: Paleoindio (9500-6000 a.C.), Arcaico (6000 a.C.-1 d.C.), Cerámico (1-1540 d.C.) e Histórico (desde 1540) (Márquez-Alameda 1992: 106, Guevara y Phillips 1992: 207-213).

La arqueología del norte de México empieza a plantear de forma singular aquellos temas referentes a las secuencias de ocupación humana, pues en particular las que preceden al uso de la agricultura y la cerámica, se mantienen en el terreno de la conjetura. La evidencia material conocida hasta ahora está documentada de forma fragmentada lo que hace difícil su interpretación, pues por lo regular ésta se encuentra fuera de su contexto arqueológico original, siendo la mayoría de las veces provenientes de colecciones arqueológicas privadas o del saqueo, y sus descripciones suelen ir acompañadas de deducciones hechas por su investigador (Márquez-Alameda 1992: 106).

El sitio de Paquimé ha sido punto de debate para la arqueología mesoamericana y del suroeste americano por ser considerado como un núcleo de interacción entre ambas regiones, sin embargo, nuevas investigaciones (McGuire et al. 1994, Ravesloot et al. 1995, Whalen y Minnis 1994, 2001) lo identifican como núcleo de un sistema cultural más complejo con una influencia significativa sobre sus vecinos y no sólo como un puesto fronterizo económico de los estados mesoamericanos (Di Peso et al. 1974) como popularmente se ha manejado.

Los trabajos iniciales de investigación en la región fueron llevados a cabo en la primera mitad del siglo XX por investigadores que, de manera peculiar, debían buscar en

cuevas, montes y valles los pocos vestigios de grupos nómadas existentes (Bernal 1979: 176). J. R. Bartlett (1854), A. F. Bandelier (1892) y Carl Lumholtz (1902) fueron los primeros exploradores con interés arqueológico en hacer notar la decisiva semejanza existente entre los sitios de Chihuahua y los del suroeste de los Estados Unidos. Pensaban que el fenómeno representaba oleadas migratorias de grupos (Indios Pueblo) procedentes principalmente de Nuevo México, que por alguna razón se habían establecido en Chihuahua.

A partir de 1924, se iniciaron los reconocimientos en el norte y noroeste del estado de Chihuahua. El estudio de Kidder (1924) sobre el suroeste de los Estados Unidos incluyó un análisis comparativo de la cerámica de las culturas de Chihuahua. Este autor reconoció la existencia de una clara relación de Casas Grandes con las culturas del suroeste americano; al visitar el sitio hizo notar la semejanza de su arquitectura y cerámica y mencionó la imperiosa necesidad de realizar nuevas exploraciones que permitieran conocer con mayor profundidad los elementos locales que podrían identificar los rasgos intrusivos y el lugar de su procedencia. Entre 1927 y 1928, Henry Carey (1931) examinó las colecciones recolectadas por Lumholtz provenientes de Casas Grandes y en 1929 llevó a cabo un reconocimiento en la región; ambos estudios lo llevaron a concluir que Casas Grandes era un desarrollo local y presentaba una afiliación mayor con el suroeste americano que con las culturas del centro de México; sin embargo, existían elementos mesoamericanos suficientes para demostrar la existencia de contactos con ambas regiones.

Uno de los pocos mexicanos en hacer investigaciones en la región, Eduardo Noguera (1930), hizo notar que las culturas del norte y oeste de Chihuahua y, en especial

el sitio de Casas Grandes, recibieron influencias derivadas de un contacto intenso con las culturas del suroeste, específicamente las Pueblo o Anasazi; además, en Casas Grandes se notaba el cruce de influencias recíprocas provenientes del centro de México y del suroeste de los Estados Unidos.

Entre 1928 y 1930, Carl Sauer y Donald Brand realizaron un reconocimiento por el noroeste de Chihuahua. A partir de ello, Brand (1935) publicó un artículo en el que analizaba la distribución de tipos cerámicos en el noroeste de Chihuahua y el suroeste de los Estados Unidos. En 1933, E. B. Sayles recorrió el centro y el norte de Chihuahua, haciendo una tipología de los sitios que localizó proponiendo que las culturas Caddo, Mogollón y Hohokam influyeron e impulsaron el desarrollo cultural de los pueblos que habitaron Chihuahua (Sayles 1936).

En 1946, Robert Lister publicó los resultados de un reconocimiento en la misma parte de Chihuahua e hizo notar que las culturas del estado, incluyendo Casas Grandes, eran una derivación de la cultura Anasazi. En 1952, emprendió nuevas exploraciones en el noroeste de Chihuahua con el objetivo principal de encontrar sus relaciones existentes con Mesoamérica y buscar los rasgos que indicaran un origen del centro de México hacia el suroeste de los Estados Unidos. De sus excavaciones hechas en varias cuevas con restos habitacionales conoció etapas más antiguas a Casas Grandes, ya que éstas contenían cerámica Mogollón. Propuso además que las casas en acantilado presentes en Chihuahua pertenecen a la cultura Mogollón y que de ésta se desarrolló Casas Grandes con una fuerte influencia Pueblo o Anasazi (Lister 1953).



Figura 5. Principales culturas de la región del Suroeste Americano y Norte de México (retomada de Lazcano 1998: 56)

El interés que despertó la semejanza de Casas Grandes con el suroeste de los Estados Unidos hizo que en 1958 Charles Di Peso iniciara las investigaciones sistemáticas y extensivas más importantes que se han hecho en ese sitio. Fue precisamente él quien inicialmente elaboró una reconstrucción arqueológica tentativa para la Sierra Norteña que abarcó la mayor parte del noroeste de Chihuahua y parte del noreste de Sonora en México, y los márgenes sureños de Arizona y Nuevo México en los

Estados Unidos (Di Peso 1966). Elaboró también una cronología preliminar, aplicable al sitio de Casas Grandes, que dividió en tres distintos periodos arqueológicos y sus respectivas fases:

| PERIODO VIEJO | PERIODO MEDIO | PERIODO TARDÍO |
|----------------------|----------------------|-----------------------|
| Fase Convento | Fase Reyes | Fase Paquimé |
| Fase Pilón | Fase Buena Fe | Fase Diablo |
| Fase Perros Bravos | | |

El resultado de varios años de exploraciones y su posterior publicación (Di Peso et al. 1974) permitió replantear una nueva cronología, basada primordialmente en la cerámica (ver Apéndice III), y una reconstrucción histórica-cultural del sitio en cuanto a las relaciones e influencias que recibió y el posible origen de su desarrollo. Este trabajo expuso el desarrollo del proyecto en sus inicios, pasando por los análisis de los distintos materiales arqueológicos encontrados en el sitio, hasta las conclusiones que profundizaban en la relación estrecha que existió del sitio con Mesoamérica. Se publicó en siete grandes volúmenes, siendo una de las obras arqueológicas más extensas que se han hecho en la historia sobre un sitio.

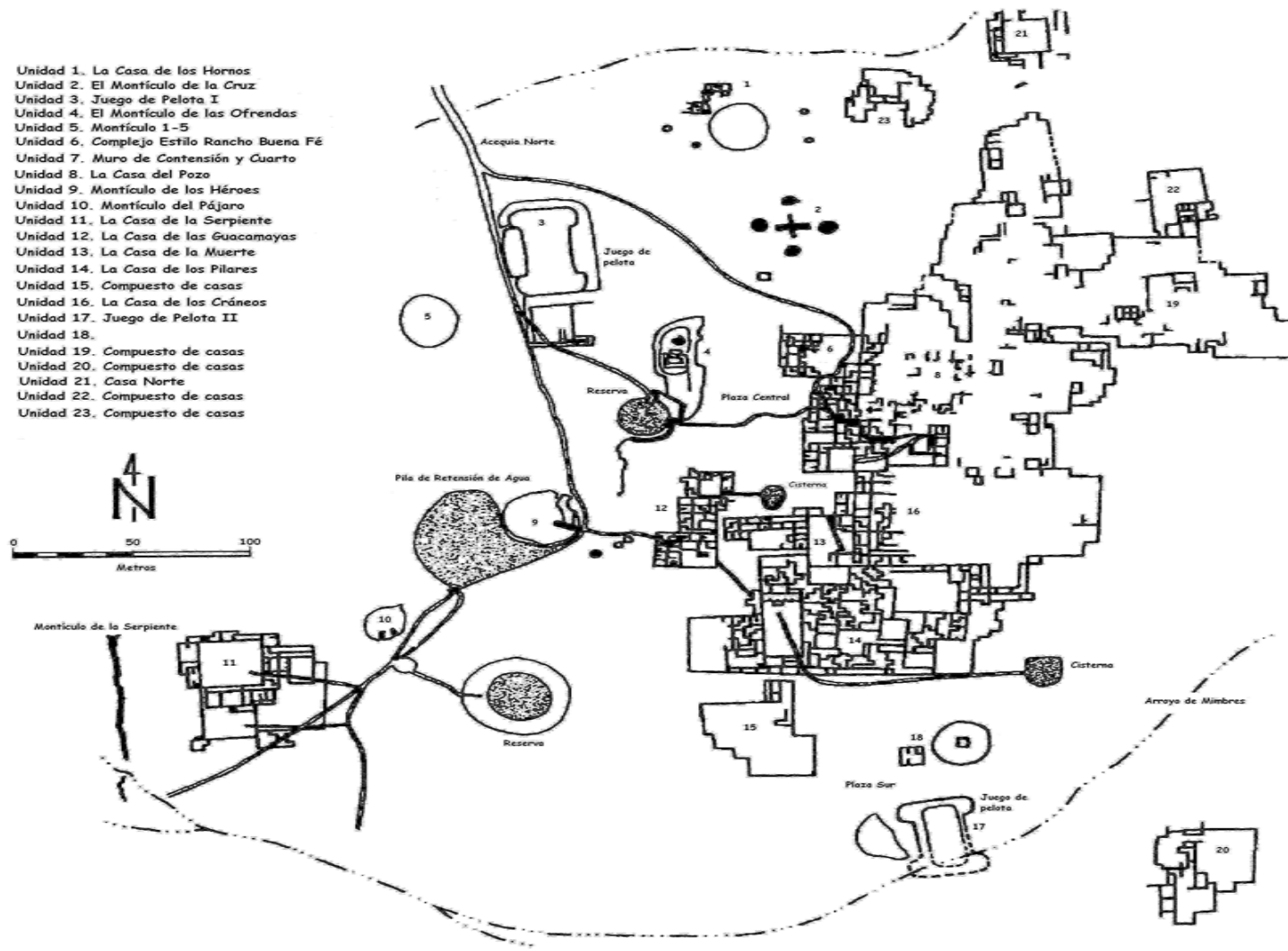


Figura 6. Mapa del sitio arqueológico de Paquimé (retomada de Ravesloot et al. 1995: 244)

La siguiente es una mera descripción elaborada a partir de estudios previos de la cultura material diagnóstica de la región de Paquimé inicialmente planteada por Di Peso (1966) y posteriormente reestructurada por él mismo y otros investigadores (Di Peso et al. 1974; Foster 1992; Whalen y Minnis 2001), está dividida por periodos, para poder abordar más adelante una interpretación más social y humanista dentro de un museo.

Periodo Viejo

Es muy probable que los habitantes de la región de Paquimé de este periodo ocuparan pequeños caseríos y produjeran una cultura material sencilla, subsistiendo gracias a una mezcla de cultivos, animales y plantas silvestres; se desarrollaron, tal vez a partir de poblaciones arcaicas tan pronto como la agricultura y la tecnología cerámica se adoptaron localmente (Foster 1992: 230).

Fase Convento

En esta fase, el pueblo que integraba una comunidad agrícola consistía en unas pocas casas tipo-pozo localizadas en puntos estratégicos cercanos a fuentes de agua, como los ríos Casas Grandes, San Pedro y Piedras Verdes (Whalen y Minnis 2001: 103). Las casas eran pequeñas, en promedio de 11 m², de planta redonda, oval o en forma de frijol. Un hogar estaba en el centro de los cuartos, y en la periferia del interior se alineaban pozos para postes. También había pozos esparcidos entre las casas que aparentemente eran usados para almacenamiento de víveres o para cocinar (Di Peso 1966: 18).

Los entierros consistían en individuos semiflexionados sin ningún tipo de ajuar funerario asociado que se esparcían al azar dentro de los límites del pueblo, en su mayoría rellenando antiguos pozos (Di Peso 1966: 18).

Los tipos cerámicos más comunes que se han identificado en contextos de esta fase han sido: Convento rojo, Convento esgrafiado, Convento corrugado, Convento corrugado retocado, Convento inciso retocado, Convento punzonado con herramienta, Anchondo rojo sobre café, Fernando rojo sobre café, Victoria rojo sobre café texturizado, Leal rojo sobre café y Pílon rojo sobre café. Las formas de las vasijas eran aparentemente simples e incluyeron cajetes hemisféricos y pequeñas ollas globulares con bordes redondeados. Otros ejemplos de artefactos de la fase Convento incluyen un fragmento de malacate, una piedra retocada, una mano de metate, un pedazo de cuchara y una protopaleta (Foster 1992: 236). Existe una pequeña similitud entre este tipo de cerámica y aquellas definidas como Mogollón (Di Peso 1966: 18).

El complejo lítico incluye metates y yugos, así como manos rectangulares y estrechas relacionados con culturas del norte (Di Peso 1966: 18).

Fase Pílon

En esta fase el patrón de asentamiento se mantiene estable pero la forma de las casas cambia. Las casas tipo-pozo circulares, que en promedio ahora miden 21 m², son ahora predominantes. Los hogares ahora se encuentran cerca de la puerta de acceso, a manera de escalón. La estructura ceremonial aparentemente se hizo más grande durante esta fase (Di Peso 1966: 19).

Se añadieron nuevos tipos y variedades al conjunto cerámico como Convento esgrafiado retocado, Convento corrugado inciso, Pílon con anillo rojo y Mata policromo, es común además el Convento liso. Las formas cerámicas incluyen cajetes hemisféricos, los mismos con bordes; vasos de bordes rectos y redondeados y tarros para granos (Foster 1992: 237). El cambio cerámico consistió en hacer los diseños con un trazo más fino, añadiéndole un baño blanco y omitiendo el frote sobre la decoración con una piedra para pulir (Di Peso 1966: 19).

Asociada con la fase Pílon se encuentra una variedad de materiales que incluyen pedacería de cucharas, malacates, discos, cuentas y pendientes de concha, hachas acanaladas de 3/4, metates planos y manos, figuras humanas de cerámica, un tambor de cerámica y un conjunto de herramientas de piedra rebajada y de hueso (Foster 1992: 238). Los entierros permanecen igual en cuanto a ajuar funerario, solo que ahora la gente depositaba a sus muertos en pozos y casas abandonadas (Di Peso 1966: 19).

Fase Perros Bravos

La última fase de este periodo está marcada por un cambio interesante en la forma de las casas y la cerámica de intercambio. Las casas tienen plantas rectangulares que se construyen en grupos de dos o tres cuartos, unidos por paredes hechas de adobe, que se concentran alrededor de pequeñas plazas (Di Peso 1966: 20). Otros sitios incluyen campamentos y abrigos rocosos ubicados en las tierras bajas al este de Paquimé (Whalen y Minnis 2001: 102-103).

En esta fase hay más elaboración y variedad dentro de la cultura material, pues existe un gran número de artículos para adorno personal, exóticos, parafernalia socio-

religiosa y artefactos tecnológicos. Los tipos cerámicos continúan desde la fase Pilón y aumenta la popularidad de la Convento liso, la Convento inciso corrugado y la Mata texturizado rojo sobre café (Foster 1992: 238). La cerámica de intercambio cambia a la Mimbres negro sobre blanco, la Mimbres policroma, la Tres Ríos rojo sobre terracota y la Lincoln negro sobre rojo. Las costumbres funerarias y la lítica permanecen iguales que en la fase Pilón (Di Peso 1966: 20).

Es de tomarse en cuenta la similitud entre los materiales del periodo Viejo del norte de Chihuahua con el Cerámico temprano del Gran Suroeste y con aquella de Loma San Gabriel de Durango y Zacatecas, las antiguas del río Sonora, la Mogollón del sur de Nuevo México y sureste de Arizona y posiblemente con el primer desarrollo cerámico — fase Red Mountain— en el área Hohokam. Es posible que estas semejanzas sean el resultado de los fenómenos de desarrollo agrícola y sedentarismo, así como de la adopción de la tecnología cerámica difundida hacia el norte a partir del occidente de Zacatecas y Durango, proceso iniciado quizás desde el año 300 a. C. Este amplio fenómeno, en el que dominan los tipos cerámicos lisos, se extendió a través del Gran Suroeste, representando los desarrollos culturales tempranos, base para los subsecuentes, más complejos, de toda la región (Foster 1992: 238-239).

Periodo Medio

El Periodo Medio muestra un rápido y notable cambio en la arquitectura y la cerámica. Uno de los cambios sobresalientes de este periodo es el desarrollo de sencillos grupos de casas de dos o tres cuartos construidas de adobe a grupos de casas muy grandes de un solo piso, por lo regular denotando un patrón de asentamiento defensivo, donde también

fue común el uso de escalinatas. El cambio en el tipo de estructuras habitacionales y la introducción de un sistema de distribución de agua que empleaba acequias, canales y drenajes subterráneos sugieren tanto un aumento de población como un aumento en el uso de nuevas tecnologías (Di Peso 1966: 20-21).

Las tendencias en la tecnología cerámica del periodo Medio incluyen sobre todo un incremento en su tamaño, el desarrollo del ahumado y un aumento considerable de tipos policromos cuya cantidad y variedad fue mayor respecto a otras áreas del Gran Suroeste. Hubo también un aumento en cuanto a las formas cerámicas se refiere, tendiendo más hacia el uso de ollas que de cajetes, apareciendo botellas, vasijas efigie —son comunes aquellas con representaciones que incluyen guacamayas, pájaros, víboras, conejos y la figura de Quetzalcóatl—, ollas globulares, cajetes cruciformes, comales miniatura y tambores de mano que estaban pintados con figuras geométricas, antropomorfas y zoomorfas, y en ocasiones también texturizadas a base de incisión, raspado y punzonado con herramienta (Foster 1992: 263-265).

Otros artefactos incluyen la concha —como cuentas de disco y tubulares, pendientes, tañedores, aplicaciones para mosaico, brazaletes, pulseras, anillos, pendientes e instrumentos musicales—; la piedra —su gama de uso yendo desde las puntas de proyectil y las cuentas, pasando por artículos de adorno personal, instrumentos para el abasto y preparación de alimentos, hachas, malacates y alisadores de hilo, hasta los enormes discos utilizados como soporte para postes verticales—; el metal —artículos de cobre como agujas, una lezna, cuentas, pendientes, tañedores, teselas, placas, broquetas, un brazalete, alambres, una cabeza de hacha posiblemente de uso ceremonial, cascabeles y botones—; el hueso —se encontró un conjunto de herramientas y objetos de hueso

provenientes de por lo menos 30 especies animales, e incluso de seres humanos, los de mamíferos se usaron solo para objetos utilitarios, mientras que los de ave por lo general fueron para ornato—; y algunos artículos elaborados con materiales perecederos como textiles, cestería, petates, redes, adornos para el cabello, soportes para pendientes de madera y mosaicos, lanzardos y bastones de mando (Foster 1992: 266-270).

Las fuentes de obtención de materia prima se localizaban en la región y en otras áreas circunvecinas. Algunos de los productos fueron manufacturados por especialistas en el oficio y resulta posible que varias de las materias primas y productos terminados estuvieron bajo el control de las elites sociales o fueron obtenidos mediante el intercambio con grupos vecinos (Foster 1992: 271).

Fase Reyes

La forma de casa de la Fase Perros Bravos continúa, pero hay cambios en los tipos y decoración cerámica, siendo en este momento que la cerámica roja y la cerámica negra son añadidas a la cerámica café texturizada que va en incremento. Los entierros ahora son puestos bajo los pisos acompañados de un ajuar funerario mucho más grande (Di Peso 1966: 21).

Fase Buena Fe

La característica principal de esta fase es un cambio drástico en los rasgos arquitectónicos. La construcción de grupos de casas de adobe se enfatiza. Nuevos elementos tales como las puertas en “T”, hogares alzados, escalinatas y camas en plataforma son introducidos. Un cuarto subterráneo se mantiene en la arquitectura

ceremonial pero ahora es rectangular y no circular. Además de la introducción del motivo de la serpiente emplumada, pequeños cubos son usados en las plazas para la crianza de guacamayas que indican que la gente del sitio practicaba la domesticación. El complejo lítico cambia de manera notable. Existe evidencia, aparte de la cerámica, de que el sitio de Casas Grandes se estaba desarrollando con influencia proveniente de las culturas del sur (Di Peso 1966: 21).

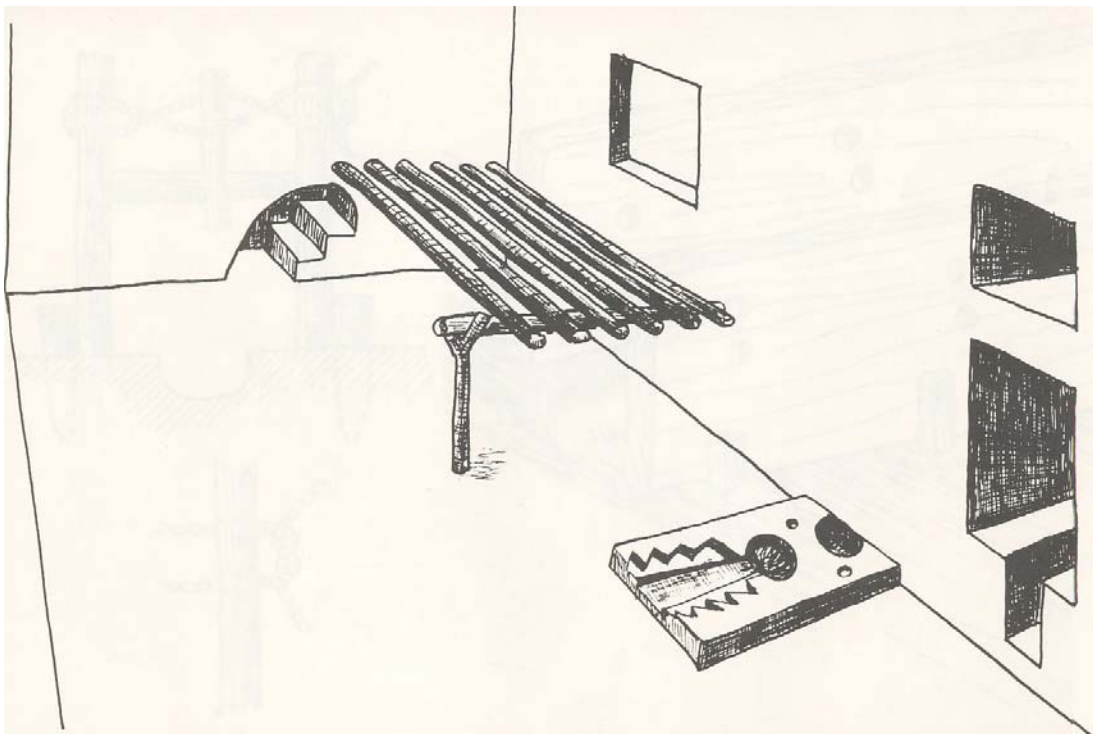


Figura 7. Elementos arquitectónicos diagnósticos del Periodo Medio (retomada de Contreras 1985: Lámina I)

Periodo Tardío

El patrón de asentamiento para este periodo indica que el sitio cubría más de 50 hectáreas y que posiblemente acomodó a más de 5,000 habitantes. La ubicación de montículos ceremoniales, el trabajo artesanal especializado, el uso de un sistema de irrigación de agua y un excelente sistema de caminos con intercomunicación a base de fuego apoyan

esta idea. Elementos como plazas, casas de piedras circulares, escalinatas, estructuras piramidales, juegos de pelota, sacrificio humano y montículos truncados están presentes en el Periodo Tardío. El sitio fue probablemente el más grande en cuanto a intercambio se refiere, y su poder e influencia debió haber sido tremenda con sitios del suroeste (Di Peso 1966: 21)

Fase Paquimé

Esta fase marca un cambio radical en el patrón de asentamiento del sitio de Casas Grandes. Los grupos de casas del Periodo Medio son abandonados, arrasados o remodelados para avocarse a un nuevo plan constructivo que incluía edificios de varios pisos concentrados alrededor de una plaza, así como también montículos ceremoniales, plataforma de piedra, una reserva, un pozo subterráneo, un mercado y un juego de pelota (Cordell 1997: 410). El tipo de cerámica policroma proveniente del norte tales como Gila, Tonto y Tucson se vuelven populares mientras que los artesanos que trabajan la Ramos policroma local se vuelven influenciados por el diseño de estos nuevos tipos de cerámica. El uso del cobre en forma de agujas, campanillas con técnica de cera pérdida y el pseudocloisonné se vuelven populares. Los diseños artísticos comienzan a destacar a la serpiente emplumada y a la guacamaya, y un tambor cerámico de mano decorado con pintura verde y roja aparece también; al parecer estos cambios en conjunto giran alrededor de una idea religiosa que afectó a la población del sitio (Di Peso 1966: 23).

Fase Diablo

Esta fase contiene cambios en la arquitectura que son pistas del rompimiento interno del sitio de Casas Grandes: los cuartos de los templos y las largas galerías son partidos por paredes mal hechas a los cuales se le añaden hogares; tal vez los templos fueron profanados por la gente que no pertenecía a la elite. De acuerdo con Di Peso (1966:23), la evidencia de una ciudad quemada y colapsada sugiere un desastroso final para una cultura que había alcanzado el umbral de la civilización sólo para debilitarse y caer; una revolución interna, tal vez, dio el primer golpe para posteriormente ser golpeada nuevamente por grupos de los alrededores que la llevaron a su destrucción final.

El Problema Cronológico

El sitio de Paquimé, sin embargo, no fue propiamente fechado sino hasta después de que se publicó una revisión dendrocronológica (Ravesloot et al. 1995) que ubica al Periodo Medio entre los años de 1243 y 1444 d.C., momento en el cual el sitio estaba en su apogeo. Originalmente, Di Peso (1974: 9) había ubicado al Periodo Medio entre los años de 1060 y 1340 d.C., reconociendo que su fechamiento no era absoluto y que posteriores investigaciones arqueológicas habrían de hacerse para actualizar esta información. Actualmente, las fases para este periodo son: Buena Fe (1243/1360 d.C.-1359/1413 d.C.) y Paquimé (1218/1271 d.C. -1390/1444 d.C.). Este cambio afecta significativamente la interpretación del papel que alguna vez asumió Casas Grandes, pero no así eclipsa en su totalidad los razonamientos originales que Charles Di Peso había planteado sobre la gran influencia mesoamericana ejercida sobre el sitio de Casas Grandes.

De esta manera, la información que se tenía sobre las distintas fases que conforman los periodos no cambia y lo único que se debe de hacer es reestablecer las fases que corresponden al Periodo Medio; por lo tanto la fase Reyes corresponde al Periodo Viejo, las fases Buena Fe y Paquimé corresponden al Periodo Medio y la fase Diablo corresponde al Periodo Tardío (ver Figura 8). Los últimos periodos establecidos por Di Peso para la Sierra Norte son el de Contacto Esporádico (1444-1660 d.C., el de Contacto Español (1660-1684 d.C.) y el Apache (post-1684 d.C.) (Di Peso 1966: 24).

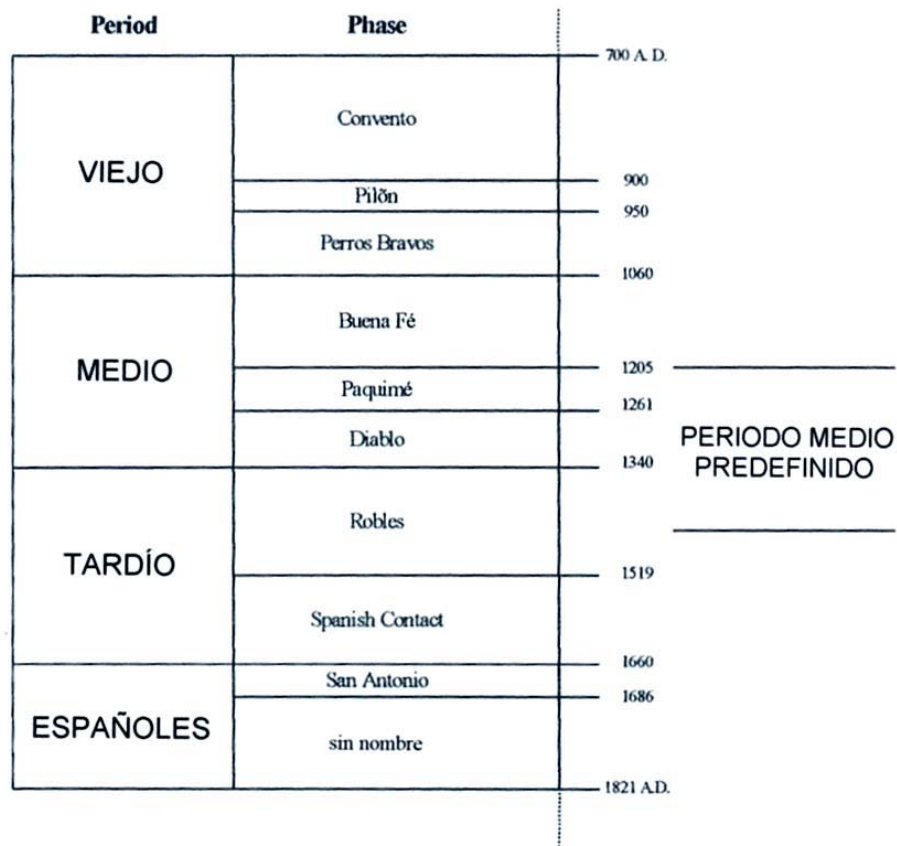


Figura 8. Cronología original y revisada del Periodo Medio de Casas Grandes (retomada de Jones 2002: 9)

Este nuevo análisis resuelve varios problemas que giran alrededor de Casas Grandes en cuanto a su ubicación dentro de la prehistoria de la región, pues ahora se sabe que el sitio fue contemporáneo a otros del Periodo Clásico Tardío del área Hohokam y con otros pertenecientes a las fases El Paso, Black Mountain y Salado, cercanos a Texas y Nuevo México, y no con Mimbres y Chaco Canyon como anteriormente se pensaba. Adicionalmente, esto refuerza la idea de considerar que los Toltecas no pudieron ser entonces los que influyeron en el sitio de Casas Grandes, y que probablemente el origen y florecencia del Periodo Medio radique en la integración del sitio al sistema mercantil Aztatlán que dominaba las costas occidentales y las tierras del altiplano central (Ravesloot et al. 1995: 247-249).

En conclusión, a pesar de los múltiples problemas que tuvo la cronología elaborada por Di Peso para el sitio de Paquimé —que dividió en tres fases: Buena Fe, Paquimé y Diablo— su reelaboración ahora cubre un espacio de tiempo que va entre 1200/1250 d. C. y 1400/1450 d. C. aproximadamente, que sugiere más bien pensar en el periodo Medio como sólo un continuum de desarrollo, crecimiento, florecimiento y ocaso (Foster 1992: 241-244).

La Nueva Propuesta

Los últimos estudios realizados por Whalen y Minnis (2001) plantean que el sitio de Paquimé pudo haber sido el núcleo del sistema cultural más complejo en la región del suroeste americano y el norte de México que muchos han entendido como el núcleo de interacción entre Mesoamérica y el Suroeste Americano.

El apogeo de Paquimé ocurrió durante el Periodo Medio, ahora fechado entre 1243/1360 d.C.-1390/1444 d.C. Tal vez no se han tenido los datos necesarios para entender el origen y método de operación del sistema regional de Paquimé, sin embargo, los estudios elaborados a la fecha sugieren que Paquimé tenía una influencia significativa sobre sus vecinos, y que de ninguna manera sólo funcionaba como un puesto fronterizo económico de los estados mesoamericanos.

Esta es al menos la información que arroja el reconocimiento regional de Paquimé realizado por Whalen y Minnis (1994) durante los meses de junio y julio de 1989 cuyo objetivo principal fue hacer un sondeo de los sitios más grandes en el noroeste de Chihuahua para entender las dinámicas de interacción regional. Los resultados arrojan que existen tres niveles de esferas de interacción entre Paquimé y sus vecinos (30, 60 y 100 kilómetros), sin por ello poder especificar el grado de control político o económico, pero que sin embargo hacen suponer que el control regional del sitio fue menor y menos extenso de lo que se pensaba. Lo anterior implica que el sistema regional de Paquimé existía a escala geográfica tanto como los sistemas regionales del suroeste americano haciendo muy probable que hayan existido constituciones políticas locales en los alrededores de Paquimé por la presencia de jerarquía de sitios dentro de las subáreas de estudio (Whalen y Minnis 1994: 2).

Casas Grandes, ya para concluir, se puede decir que fue el sitio más grande que jamás haya existido en el norte de México (Plog 1997: 173-176) con una población que alcanzaba los pocos miles de habitantes, y que incluía arquitectura pública ritual tal como montículos de tierra y piedra, concentrada en la parte noroeste, juegos de pelota y un sistema de suministro de agua, que junto con la evidencia de domesticación de

guacamayas y un particular tipo de cerámica referida como Ramos Policromo, señalan al sitio como el regente de una organización política y religiosa regulada por un poderoso grupo de gobernantes.

El siguiente capítulo se enfoca en los puntos necesarios, al menos en teoría, para estructurar una exhibición arqueológica dentro de un museo que permite al lector darse una idea sobre lo que hay detrás de ella, independientemente de su temática, que va desde su concepción hasta su montaje. Además también se hace un breve recuento museográfico sobre los distintos tipos de exhibición que se han hecho del sitio de Paquimé, desde que por primera vez existió un guión científico para ello y hasta la última reinauguración del MNA de manera oficial en noviembre del año 2000.